

VIVENCIA DE LA PARTICIPACIÓN EN BANDAS DE MARCHA EN LA CIUDAD
DE MEDELLÍN Y SU APOORTE AL ESTABLECIMIENTO DE ESPACIOS
SEGUROS Y REDES DE APOYO PARA LAS PERSONAS QUE SE IDENTIFICAN
Y NO COMO LGBTIQ+

Experience of participation in marching bands in the city of Medellín and its
contribution to the creation of safe spaces and support networks for people who
identify as and do not identify as LGBTIQ+

GAELLERT JAWLANSKY GARCIA MOSQUERA

Tesis

Diana Cristina Buitrago Duque

Mg. En Salud Mental. Profesora de cátedra Programa de Psicología, Escuela de
Artes y Humanidades.

UNIVERSIDAD EAFIT
ESCUELA DE ARTES Y HUMANIDADES
PSICOLOGÍA
MEDELLÍN
2025

Vivencia de la participación en bandas de marcha en la ciudad de Medellín y su aporte al establecimiento de espacios seguros y redes de apoyo para las personas que se identifican y no como LGBTIQ+¹

Por: Gaellert Jawlansky García Mosquera²

Resumen

Este estudio explora la manera en que la participación en bandas de marcha en Medellín contribuye al bienestar emocional, la construcción de espacios seguros y la consolidación de redes de apoyo entre personas que se identifican —y no— como parte de la comunidad LGBTIQ+. A partir de un enfoque cualitativo con perspectiva fenomenológica, se realizan entrevistas semiestructuradas a integrantes de una banda de marcha de la ciudad, con el propósito de comprender las experiencias vividas, los significados atribuidos y las dinámicas relacionales que emergen en este contexto artístico. Los hallazgos revelan que las bandas de marcha funcionan como entornos de autoafirmación, contención y crecimiento, donde el arte se convierte en un medio de resistencia, expresión identitaria y bienestar colectivo. Sin embargo, también se evidencian tensiones internas derivadas de la autoexigencia y la competencia, las cuales no anulan el carácter protector del grupo, sino que lo complejizan. En conjunto, los resultados amplían la comprensión de los espacios seguros y las redes de apoyo desde una perspectiva dinámica, en la que la seguridad y el bienestar emergen no de la ausencia de conflicto, sino de la posibilidad de habitarlo en comunidad.

Palabras clave:

Bandas de marcha, espacios artísticos, comunidad LGBTIQ+, espacios seguros, redes de apoyo, bienestar emocional, fenomenología.

Abstract

This study explores how participation in marching bands in Medellín contributes to emotional well-being, the creation of safe spaces, and the development of support networks among individuals who identify —and do not identify— as part of the LGBTIQ+ community. Using a qualitative, phenomenological perspective, semi-structured interviews were conducted with members of a local marching band to understand their lived experiences, the meanings they ascribe to participation, and the relational dynamics that emerge within this artistic setting. Findings reveal that marching bands function as spaces of self-affirmation, emotional containment, and personal growth, where art becomes a means of resistance, identity expression, and collective well-being. Nevertheless, internal tensions linked to self-demand and competition also arise, which, rather than negating the band's protective nature, make it more complex. Overall, the results broaden the understanding of safe spaces and support networks from a dynamic perspective, in which security and well-being emerge not from the absence of conflict, but from the ability to inhabit and transform it within community.

Keywords:

Marching bands, artistic spaces, LGBTIQ+ community, safe spaces, support networks, phenomenology.

¹ Trabajo de grado para optar al título de psicología de la Universidad EAFIT. Medellín, Colombia. Orientadora: Diana Cristina Buitrago Duque, Mg. En Salud Mental. Profesora de cátedra Programa de Psicología, Escuela de Artes y Humanidades.

² Estudiante de noveno semestre de Psicología de la Universidad EAFIT

Introducción

La participación en bandas de marcha representa un fenómeno de interés no solo artístico, sino profundamente social y cultural. Para muchas personas de la comunidad LGBTIQ+, estos espacios ofrecen una plataforma de autoexpresión, inclusión y refugio frente a un contexto que frecuentemente impone barreras de aceptación. Medellín, reconocida por su tradición en bandas de marcha, sirve de escenario para explorar cómo estas agrupaciones pueden ser espacios seguros, promoviendo redes de apoyo que mitigan la discriminación y fortalecen el bienestar emocional y social de sus integrantes. Si bien se ha estudiado su papel como entornos de expresión artística, el impacto específico en la creación de ambientes seguros y soporte comunitario para personas LGBTIQ+ aún es un área poco explorada. Este estudio busca abordar dicha brecha, analizando cómo las bandas de marcha transforman la experiencia de pertenencia y resiliencia, abriendo nuevas rutas para entender su contribución al bienestar psicológico y la cohesión social en contextos de diversidad sexual y de género.

La comunidad LGBTIQ+ enfrenta múltiples desafíos relacionados con la aceptación social, la discriminación y la exclusión, lo que tiene un impacto significativo en su salud mental. A pesar de los avances en derechos y visibilidad, muchos miembros de esta comunidad siguen experimentando altos niveles de estrés, ansiedad y depresión, derivados de la estigmatización, la violencia, el bullying y la discriminación y microagresiones, incluso situaciones cotidianas como el trabajo, lo que a su vez demuestra la falta de espacios seguros donde puedan expresarse libremente (Choi et al., 2019). Esto se convierte en un problema porque constituye factores de riesgo para la salud mental y el comportamiento suicida. Ya que para las personas de esta comunidad los procesos de autoaceptación de la identidad y la orientación sexual trae consigo confusión,

malestar y cambios emocionales y motivacionales importantes, los espacios seguros y contar con redes de apoyo hace de este proceso algo más llevadero y disminuye la probabilidad que termine en tragedia (Álvarez et al., 2020).

Las bandas de marcha son agrupaciones musicales compuestas por jóvenes bailarines, instrumentistas de viento y percusión, principalmente, que desfilan en formaciones organizadas, participan en eventos cívicos, culturales y festivos, como la Feria de las Flores, donde con su música y coreografías y una larga tradición en Medellín, se han destacado no solo como grupos musicales, sino también como espacios culturales donde sus integrantes encuentran un sentido de pertenencia y comunidad. Estudios muestran que para muchas personas de la comunidad experimenta “*rechazo familiar y social que los ha llevado a cohibirse de ser quienes realmente son reprimiendo emociones y sentimientos que obstruyen su desarrollo personal*” (Herrera & Vélez, 2023), por lo que para muchas personas LGBTIQ+, participar en estas bandas representa una forma de resistencia y autoafirmación, permitiéndoles conocer el mundo y a sí mismos mientras construyen redes de apoyo y encuentran un refugio frente a las adversidades diarias, ya que además de todos los eventos de ciudad y festivales nacionales, también se proyectan y participan a nivel internacional en competencias de talla mundial.

Sin embargo, a pesar del potencial de las bandas de marcha para crear entornos inclusivos y seguros, existe una falta de investigación que explore cómo estos espacios influyen en componentes de la salud mental de sus integrantes, especialmente aquellos que pertenecen a la comunidad LGBTIQ+. Este vacío en la literatura plantea la necesidad de comprender más a fondo el papel de las bandas de marcha en la promoción del bienestar psicológico de esta población, de manera que el propósito de esta investigación es responder

a: ¿Cómo vivencian la participación en bandas de marcha en la ciudad de Medellín y su aporte al establecimiento de espacios seguros y la creación de redes de apoyo las personas que se identifican -y no- como parte de la comunidad LGBTIQ+?

Explorar el papel que desempeñan las bandas de marcha en la salud mental y el bienestar de las personas LGBTIQ+ resulta relevante no solo por su valor cultural y artístico, sino por el impacto vital que, en la experiencia de muchos, tiene su participación en estos espacios. Más allá de un lugar de ensayo o una vitrina para el talento, las bandas de marcha funcionan como entornos donde se articula la expresión personal, la construcción de comunidad y el fortalecimiento del sentido de pertenencia. En algunos casos, participar en ellas se convierte en un componente central del proyecto de vida, un factor que sostiene la motivación, la autoafirmación y, en ciertos momentos, la estabilidad emocional.

Desde una mirada fenomenológica, la relevancia de este estudio se encuentra en comprender la vivencia subjetiva de estar en una banda: cómo se experimenta el ensayo, la presentación, el vínculo con otros, el reconocimiento del público y la creación artística conjunta. Estos elementos, vividos de forma encarnada y cotidiana, pueden representar para muchos integrantes LGBTIQ+ un lugar de esparcimiento y disfrute, pero también de refugio emocional y reafirmación identitaria. El “buen funcionamiento” de la vida, entendido como la capacidad de enfrentar los desafíos personales y sociales con recursos internos y externos, parece vincularse, para algunas personas, con la posibilidad de seguir formando parte de estos colectivos artísticos.

Así pues, la investigación no solo busca documentar beneficios, sino también visibilizar el papel que desempeñan las bandas de marcha como espacios seguros, donde la ausencia de discriminación, la protección

emocional y la participación activa se combinan para generar redes de apoyo sólidas. Estas redes no son únicamente instrumentales, sino afectivas, sostenidas por la confianza y la colaboración creativa.

La pertinencia académica se fundamenta en que, aunque existen estudios que exploran la relación entre arte, salud mental y comunidad LGBTIQ+, son escasas las investigaciones que se detienen en la experiencia vivida de participar en bandas de marcha, especialmente en contextos latinoamericanos. Este trabajo pretende aportar a ese vacío, ofreciendo claves para entender cómo las prácticas culturales pueden convertirse en un soporte integral para la vida de personas que, históricamente, han enfrentado exclusión social y estigmatización.

Asimismo, los hallazgos podrían orientar políticas y programas comunitarios que reconozcan el arte no solo como un medio de expresión, sino como un recurso terapéutico y social, capaz de reducir riesgos asociados a problemas de salud mental. Esto es especialmente relevante si se considera que investigaciones previas han evidenciado la relación inversa entre la ideación suicida y el apoyo social, subrayando el efecto protector de este último (Carranza Benites, 2024). En este marco, las bandas de marcha no solo representan una manifestación cultural, sino también un espacio de posibilidad para la vida. Analizar estas vivencias permite comprender cómo la música, el movimiento y la colectividad pueden transformar las trayectorias personales y fortalecer la resiliencia frente a contextos adversos.

De esta manera, en diversas investigaciones han resaltado el papel de las prácticas artísticas y culturales como recursos significativos para la promoción del bienestar psicológico y social, especialmente entre poblaciones jóvenes. Más allá de los tratamientos clínicos, los factores comunitarios y contextuales — como la seguridad, la educación, el sentido de pertenencia y las oportunidades culturales—

influyen de manera decisiva en la salud mental, por lo que las artes y la cultura se han posicionado como determinantes sociales de la salud. La participación en actividades artísticas genera beneficios comprobados en la calidad de vida, la cohesión social y el fortalecimiento de la identidad personal y colectiva, elementos que actúan como factores protectores frente al malestar emocional y la discriminación. En este sentido, las prácticas artísticas locales, además de ser culturalmente relevantes y accesibles, contribuyen a la comunicación y educación sobre temas estigmatizados, potenciando el bienestar entendido no solo como ausencia de enfermedad, sino como una experiencia de conexión, sentido y florecimiento humano (Golden et al., 2024).

Los espacios seguros, entendidos como un entorno físico o simbólico donde las personas, especialmente aquellas pertenecientes a comunidades históricamente marginadas como la LGBTIQ+, pueden expresarse libremente sin temor a violencia, discriminación o estigmatización, son fundamentales para el desarrollo de la identidad, inclusión y empoderamiento de estas personas. En contextos artísticos como las bandas de marcha, se promueve la expresión auténtica y el sentido de comunidad, siendo espacios que trascienden la música para fomentar solidaridad, pertenencia y cohesión social (Torres Vargas et al., 2024).

Estas comunidades, basadas en intereses compartidos, potencian la identidad individual y colectiva mediante el apoyo mutuo, por lo que en las bandas de marcha este concepto se vive y se siente de manera particular: no se trata únicamente de “estar a salvo”, sino de experimentar la libertad de ser, moverse y crear desde la autenticidad. El arte, como núcleo de la experiencia de banda, convierte este espacio seguro en un escenario de autoexpresión, donde los límites entre el yo y el colectivo se difuminan. Desde una perspectiva vivencial, el ensayo o la

presentación no son solo actividades programadas, sino momentos en los que se actualiza la confianza mutua, se reafirman las identidades y se construyen significados compartidos que fortalecen la cohesión social (Hidalgo, M., & Lo Coco, G., 2020).

El artículo de Angarita et al. (2019) detalla cómo los espacios seguros ofrecen protección, promueven la agencia social y el aprendizaje colectivo, sirviendo como modelo para comprender el impacto de las bandas de marcha en el entorno social. Esto resulta especialmente relevante para las personas LGBTIQ+, que, mediante la interacción y participación en estos grupos, encuentran apoyo y resistencia a la discriminación en espacios de expresión artística.

Las bandas de marcha representan microcosmos de la sociedad, desafiando normas heteronormativas y promoviendo redes de apoyo. Estudios como los de Brollo (2023) destacan cómo los entornos artísticos fortalecen la salud mental de las personas LGBTIQ+ y generan cohesión comunitaria. Ledesma e Hinojosa (2022) subrayan que las prácticas artísticas actúan como espacios de resistencia y negociación de identidades, destacando el papel de la música en la inclusión social y cohesión.

Desde una mirada fenomenológica, en consonancia con Van Manen (2016), las bandas de marcha se comprenden no solo como estructuras organizadas que producen música y coreografía, sino como experiencias vividas en las que el cuerpo, la identidad y la colectividad adquieren significado. La participación en estos grupos es, para muchos, un acto de afirmación personal y de resistencia cultural; una vivencia donde el sentido de pertenencia y la visibilidad se construyen en cada ensayo, desfile y competencia.

Así, tres dimensiones emergen como centrales para comprender la vivencia de un espacio seguro en este contexto:

1. **Ausencia de discriminación y violencia:** No se toleran actitudes de acoso o exclusión, y el valor se deposita en la diversidad de expresiones identitarias. Aquí, la práctica artística se convierte en un vehículo para legitimar la pluralidad y desafiar los marcos normativos de género y sexualidad (Angarita, 2019).
2. **Protección emocional:** La banda funciona como un entorno donde las experiencias personales pueden compartirse sin miedo al juicio, ofreciendo un soporte emocional que favorece el desarrollo personal y colectivo (Hidalgo, M., & Lo Coco, G., 2020).
3. **Participación activa y construcción comunitaria:** La identidad de la banda se construye colectivamente; cada miembro aporta, y la pertenencia se fortalece a través de la colaboración y la creación artística conjunta (Angarita, 2019).

En un estudio exploratorio mixto realizado en Cataluña, los autores analizaron cómo un proyecto de arte comunitario (Artistic Couples) impacta el proceso de recuperación en salud mental, constatando que la participación artística promueve la conexión social, la autoexpresión y el sentido de pertenencia, factores que están íntimamente relacionados con el bienestar psicosocial. Particularmente, el componente cualitativo reveló que los participantes percibieron que el arte les permitió expresar emociones difíciles de verbalizar y reconstruir su identidad, mientras que el componente cuantitativo mostró mejoras significativas en el subdominio “Conexión y Pertenencia” lo que sugiere un efecto positivo en la integración social (Cases-Cunillera et al., 2025).

En Medellín, las bandas de marcha han sido vehículos de visibilidad y apoyo para la comunidad LGBTIQ+, desempeñando un

papel crucial en eventos culturales y sociales. Esto resalta su capacidad para generar plataformas de resistencia, resiliencia comunitaria y cohesión, como muestran experiencias de organizaciones locales que promueven el cambio social a través de la cultura y las artes (Angarita et al., 2019).

En el mismo marco, las redes de apoyo se entienden como entramados de relaciones interpersonales y comunitarias que proporcionan soporte emocional, psicológico, social y, en ocasiones, material. En el caso de las bandas de marcha, estas redes no se limitan al compañerismo instrumental o coreográfico, sino que se transforman en comunidades afectivas donde se forjan vínculos que, para muchos integrantes LGBTIQ+, llegan a ser más significativos que los familiares de origen (Beltrán & Moreno, 2013).

En términos fenomenológicos, en línea con Van Manen (2016), estas redes no se reducen a estructuras visibles de relación, sino que son vividas como un sostén cotidiano que se experimenta en gestos de cuidado, validación y reconocimiento mutuo. La participación artística fomenta conexiones profundas que trascienden el espacio de ensayo, impactando la vida personal y social de sus miembros.

Tres componentes resultan esenciales para comprender la configuración de las redes de apoyo en este contexto:

1. **Conexiones interpersonales:** Relaciones cercanas que funcionan como soporte afectivo, a menudo constituyendo una “familia elegida” (Beltrán & Moreno, 2013).
2. **Apoyo emocional y psicológico:** Espacios de validación y contención frente a experiencias de rechazo o violencia, con un impacto directo en la salud mental (Beltrán & Moreno, 2013).
3. **Facilitación del bienestar social y fortalecimiento de la identidad:**

Lugares para socializar, afirmarse y mostrar la identidad sin censura, donde la creación artística es una vía privilegiada de visibilización y empoderamiento (Guzmán et al., 2003).

En síntesis, las bandas de marcha en Medellín, nacidas en buena medida desde la comunidad LGBTIQ+, no solo representan un fenómeno cultural y artístico, sino que, desde una mirada fenomenológica, encarnan experiencias de seguridad, apoyo y autoafirmación que impactan la vida de quienes las integran.

Objetivos

General

Indagar por la contribución de la participación en bandas de marcha en la ciudad de Medellín, al establecimiento de espacios seguros y creación de redes de apoyo en la experiencia de personas que se identifican -y no- con la comunidad LGBTIQ+.

Específicos

- Identificar en la experiencia de los participantes del estudio, elementos que transforman las bandas de marcha en espacios seguros para las personas que son LGBTIQ+ y no.
- Examinar el rol de las bandas de marcha en la creación de redes de apoyo social dentro de la experiencia de personas que pertenecen a la comunidad LGBTIQ+ y no.

Metodología y procedimiento

Se profundizó en los significados, percepciones y emociones que los participantes asocian con su pertenencia a las bandas, así como en la forma en que dichas experiencias contribuyen a su bienestar emocional y social, siguiendo un enfoque cualitativo, que como plantea Piña-Ferrer (2023), permite analizar, interpretar y comprender la realidad tal como aparece,

considerando la intersubjetividad como una vía legítima para acceder a la verdad de la experiencia humana.

Posee además un alcance exploratorio y descriptivo, esta elección metodológica se sustenta en la propuesta de Corona-Martínez y Fonseca-Hernández (2022), quienes destacan que los estudios exploratorios son esenciales cuando existe escasa información sobre el objeto de investigación, y que los descriptivos son los más adecuados para precisar los atributos de fenómenos sociales que requieren análisis detallados.

También, con una perspectiva basada en la fenomenología de la práctica propuesta por Max van Manen (2016), se orienta a comprender el significado vivido de las experiencias humanas de manera profunda. En una primera fase, se realizaron cuatro entrevistas semiestructuradas a participantes (tres personas pertenecientes a la comunidad LGBTIQ+ y una que no) vinculados a bandas de marcha en Medellín. Todas las entrevistas fueron grabadas en audio con el consentimiento informado de los participantes, asegurando la confidencialidad, el respeto y la autenticidad de sus narraciones con la necesidad de comprender las experiencias subjetivas desde la voz de quienes las viven, considerando que los espacios seguros no solo representan lugares de protección ante la violencia o la discriminación, sino también territorios simbólicos de identidad, resistencia y transformación social, especialmente en el contexto LGBTIQ+ (Torres Vargas et al., 2024 & Brollo, 2023); así mismo, estas entrevistas fueron analizadas siguiendo tres niveles de lectura que propone Max van Manen (2016):

- Holística, para captar el sentido global de cada relato.
- Selectiva, para identificar expresiones y frases significativas.

- Detallada, para examinar en profundidad los significados que emergen de cada fragmento.

Los participantes fueron seleccionados mediante muestreo voluntario, una modalidad de muestreo no probabilístico que, según Salamanca y Martín-Crespo (2007), se emplea con frecuencia en las primeras fases de estudios cualitativos cuando el investigador requiere que los posibles participantes se presenten por sí mismos. En este caso, los participantes decidieron formar parte del estudio tras conocer sus objetivos y aceptar participar de manera informada. Durante las entrevistas se abordaron temas como:

- Los sentimientos asociados a formar parte de la banda.
- El significado personal de pertenecer al grupo.
- Las experiencias relacionadas con el entorno artístico y su impacto en la identidad, las redes de apoyo y el bienestar.

Resultados

Las voces recogidas permitieron comprender las formas en que el arte, la música y la convivencia se convierten en escenarios de afirmación identitaria, protección emocional y bienestar colectivo. En principio se establecieron 2 elementos para el análisis de las experiencias de la vivencia de la participación en bandas de marcha: el establecimiento de espacios seguros y la creación de redes de apoyo. Sin embargo, las narraciones de Juan, Mario, Osvaldo y Julio enfatizan también en cuatro significados adicionales y complementarios que la participación en estos escenarios artísticos aporta a sus vidas: formación del carácter y resiliencia; vehículo de expresión artística y emocional; exigencia y búsqueda de mejora continua; y sentido de pertenencia y legado, las cuales emergen como dimensiones que explican por qué la banda no solo acoge, sino

que convierte esa participación en una experiencia que transforma vidas.

A continuación se identifican esos elementos en los relatos de los participantes.

Los espacios seguros

A partir de las narrativas de los participantes, el concepto de espacio seguro adquiere una connotación profunda y multidimensional que trasciende su definición convencional como un entorno libre de violencia o discriminación. En la experiencia vivida dentro de las bandas de marcha, un espacio seguro se configura como un entorno donde se conjugan la libertad de ser uno mismo, la ausencia de juicio, la posibilidad de crecimiento, el acompañamiento emocional y el autodescubrimiento a través del arte. Para los participantes, la seguridad se define por la sensación de poder ser uno mismo sin miedo a la censura o la desaprobación. Es un espacio donde se puede hablar, moverse y crear desde la autenticidad, sin la amenaza de ser juzgado. Como señaló Mario, “más que sentirse respaldado, es que uno no se siente juzgado”, destacando que estas dimensiones se entrelazan en las narraciones, revelando que la seguridad proviene del reconocimiento, la expresión y la transformación personal.

Libertad de ser uno mismo y expresión sin juicio

Los participantes coinciden en que la banda representa un entorno donde pueden expresarse auténticamente, sin temor al rechazo o la crítica. Este es el elemento que más se repite y teje la definición del espacio seguro: la ausencia de juicio. Julio lo expresa con claridad al afirmar que puede “expresarse sin sentirse juzgado”, lo que le permite actuar con naturalidad y sin miedo a sanciones sociales:

“Porque como puedo expresarme sin sentirme juzgado y pues digamos que si mi opinión en algún momento es como errada, pues uno no va a recibir como una retroalimentación ahí

maluca... en la banda uno puede ser, desde que ese comportamiento no le haga daño a nadie, pues está bien y la gente acá es así.” (Julio)

De manera similar, Mario resalta que la seguridad no se basa tanto en la presencia de apoyo explícito, sino en la libertad de acción sin miedo al escrutinio:

“Más que sentirse respaldado, es que uno no se siente juzgado... es el espacio en el cual se pueden hacer muchas cosas y como no se siente uno juzgado ni siente que lo van a hacer, entonces por eso mismo se da como este espacio seguro en el que uno puede desinhibirse.”

En este sentido, el espacio seguro no se define únicamente por su acogida, sino por la sensación de que se puede ser libremente sin exigencias ni reproches. Esta atmósfera posibilita la expresión plena del ser, la espontaneidad y la exploración de aspectos de la identidad que en otros contextos pueden ocultarse o reprimirse.

Refugio y comunidad para la identidad

Las narraciones revelan que las bandas de marcha han sido históricamente espacios de acogida para la comunidad LGBTIQ+, donde los participantes encuentran comprensión y libertad para habitar su identidad. Este sentido de refugio aparece especialmente en los testimonios de Mario y Julio, quienes coinciden en que la banda es un lugar donde “uno está con quien lo entiende”. Mario lo expresa de manera explícita:

“Entonces siento que las bandas se volvieron un refugio para la Comunidad y por tanto también son espacios en los cuales uno encuentra parte de la Comunidad... se vuelve un espacio seguro porque estoy con el que me entiende, con el que ha pasado lo mismo que yo, con el que hemos tenido las mismas vivencias.”

Por su parte, Julio reconoce que llegar a una banda donde había personas abiertamente diversas fue un punto importante en su proceso de aceptación personal:

“Representó para mí que había más personas como yo. Que podían tener experiencias favorables... llegar a una banda en la que hay tantas personas de la Comunidad y que son felices y son libres, es como que uno dice: hey, yo también puedo ser así, puedo ser libre, puedo ser feliz.”

Osvaldo en su relato menciona que la banda configura un lugar importante de descubrimiento y apoyo constante, pues no ha tocado el tema de la homosexualidad en su familia:

“Y tomé la decisión de salir del closet, pero en las bandas, no en el tema familiar, sí me entiendes? En el tema en el mundo de las bandas soy super declarado, pero en el tema familiar no. O sea, como se dice, realmente manejó una doble vida.”

De este modo, el espacio seguro se convierte en un refugio de reconocimiento y validación. La pertenencia no se da por imposición sino por identificación compartida; los participantes encuentran un entorno donde las diferencias no solo se respetan, sino que se celebran como parte de la riqueza colectiva.

Crecimiento, aprendizaje y resiliencia

Otro componente fundamental del espacio seguro es su papel como escenario para el crecimiento personal y la resiliencia emocional. La seguridad aquí no radica en la ausencia de dificultad, sino en la existencia de un entorno donde se puede intentar, fallar y volver a intentar. Mario describe la banda como su “ancla”, un lugar donde puede “probar, incomodarse, exigirse, intentarlo, fracasar” sin las consecuencias del mundo cotidiano:

“Digamos que en la vida diaria, ... o sea, en la realidad, digamos que no se te permite muchos intentos... En cambio, en la banda es como que lo puedo intentar mil veces y cuando lo haga bien, voy a tener una recompensa... eso alimenta la mente y el espíritu, porque la banda permite explorar todas estas cualidades o defectos que uno tiene y decidir: todo esto que tengo lo puedo volver en algo positivo.”

Juan, por su parte, destaca que la experiencia en las bandas le ha enseñado a ser “muy fuerte mentalmente” y a “afrontar todo de cara”, señalando cómo el trabajo constante, la disciplina y la exigencia se transforman en aprendizajes vitales que fortalecen su capacidad de afrontar la vida:

“Porque las bandas no son simplemente presentaciones y salir a tocar, sino que te enseñan disciplina, constancia, a esforzarte por lograr un objetivo.”

Julio afirma también:

“la banda es de mucha responsabilidad, y retarse a uno mismo, esforzarse siempre como por dar lo mejor y por sentir como cada ensayo, como si fuera un concurso, que es algo que nos mencionan mucho acá, realmente el concurso se gana es ensayando. Sí, o sea, o sea, las bandas en general le enseñan a uno a ser muy disciplinado, muy puntual, también, pero también a formar a forjar un un carácter, porque digamos que la persona que no soporte de pronto un regaño, un grito, el estrés que a veces tensiona a todo el Grupo pueda hacer que la permanencia aquí sea muy incierta.”

Así, la banda es un entorno formativo y resiliente, donde la seguridad emocional se construye a través del desafío y la autoexigencia permanente.

Escape y autodescubrimiento

Finalmente, los relatos revelan que las bandas funcionan como un espacio de escape frente a la rutina y, al mismo tiempo, como un escenario de autoconocimiento. Este doble

sentido —evasión y encuentro consigo mismo— es expresado por Juan, quien describe la banda como un lugar de “autodescubrimiento y aprendizaje”:

“Sí. Son un espacio de autodescubrimiento, de seguridad y de aprendizaje, tanto de la música como de uno mismo.”

En este espacio, la música y el movimiento funcionan como lenguajes emocionales a través de los cuales los participantes pueden comunicar lo que las palabras no logran expresar:

“Entonces aparte de eso, hay muchas personas que usan la música o las bandas para expresar cosas que con palabras no pueden ... Hay cosas que definitivamente uno no puede expresar con la fónica, sino que la música, cuando uno la interpreta, dice muchas cosas que uno las siente, más no sabe comunicarlas mediante las palabras.” (Juan)

De esta manera, el espacio seguro se convierte también en un territorio simbólico de expresión emocional, donde el arte permite habitar y transformar la propia experiencia vital.

Los relatos de Juan, Mario, Osvaldo y Julio permiten comprender que el *espacio seguro* no es un lugar estático ni uniforme, sino una experiencia dinámica de libertad, reconocimiento y transformación. La banda de marcha, más que un entorno libre de conflictos, es un escenario donde el error, la diferencia y la vulnerabilidad se integran como parte esencial del proceso humano. Allí se gesta una forma de seguridad que nace del vínculo, del arte compartido y de la posibilidad de ser —sin máscaras—, en comunidad. Así pues, desde las vivencias analizadas, puede entenderse que un *espacio seguro* es aquel entorno relacional y emocional que ofrece libertad, contención y validación, donde los sujetos pueden experimentar su identidad sin miedo, explorar sus límites y reconstruirse a partir de la confianza y la empatía. Más que un

lugar físico, es una condición existencial que emerge cuando se suspenden los juicios y se abre la posibilidad de ser plenamente en presencia de otros.

Las redes de apoyo

A partir de los relatos de los cuatro participantes, las redes de apoyo dentro del contexto de las bandas de marcha emergen como sistemas humanos profundos, en los que se entretajan el afecto, la comprensión, la exigencia y la pertenencia. Estas redes no solo funcionan como acompañamiento emocional, sino también como estructuras de contención y crecimiento, en las que la intensidad compartida del arte y la convivencia fortalece la identidad individual y colectiva. Lejos de ser relaciones superficiales, los vínculos que nacen en las bandas adquieren la fuerza de una *familia elegida*, marcada por la empatía y la reciprocidad, pero también por el compromiso y la transformación mutua.

Las bandas de marcha se configuran también como espacios donde se tejen redes de apoyo emocional profundas y duraderas, nacidas de la intensidad de las experiencias compartidas.

Para Osvaldo, el apoyo recibido dentro de la banda MEVA fue determinante para su transformación personal, pasando de un ambiente anterior marcado por la rivalidad y la destrucción a uno de cooperación y contención:

“La energía aquí es tan diferente, te ayudas como a progresar, no te destruye sino que tú progresas... y eso también tiene que ver con las personas que uno se relaciona.”

Y enfatiza:

“Son esos amigos que digo que todo el mundo quiere tener, o sea no tiene que estar usted todo el tiempo con ellos, pero sabes que cuando tú lo necesitas van a estar y que si tú tienes que confiar algo en ellos, sabes que lo puedes hacer porque ellos 2 me van a apoyar.”

Y Julio enmarca la profundidad, importancia y durabilidad de lo que se puede establecer:

“Sí, sí, son vínculos que son importantes y duraderos, más que todo, porque C, I ya llevamos 8 años hablando con S, vamos a cumplir 10 años que no solamente un contacto tan estrecho o tan tan seguido, pero que uno sabe, pues que uno al lugar que llegue se encuentra, va a tener un saludo fraterno, por decirlo de alguna forma, entonces es también como importante. ”

El acompañamiento entre compañeros permite procesar emociones, sanar heridas y reconstruir relaciones, generando un sentimiento de pertenencia que trasciende el plano musical para convertirse en una red de contención afectiva.

Vínculos emocionales intensos y duraderos

Las narraciones revelan que las redes de apoyo se construyen a partir de experiencias compartidas de sacrificio, esfuerzo y emoción, que solo pueden comprenderse desde dentro de la práctica musical y artística. La cotidianidad del ensayo, el cansancio físico y la adrenalina de los concursos consolidan una conexión que trasciende la amistad tradicional. Mario lo expresa con claridad al describir cómo la intensidad emocional de las vivencias compartidas fortalece los lazos:

“...son emociones muy fuertes las que uno vive y obviamente cuando hace *match* con alguien, pues obviamente esas emociones fuertes hacen lazos más fuertes, los que uno podría tener por fuera.”

Juan, por su parte, reconoce que la banda le permitió formar vínculos genuinos que antes creía imposibles, transformando su dificultad para relacionarse en una oportunidad de conexión real:

“No pensé que forjaría amistades tan reales, porque siempre he sido una persona que ha costado, eh, pues como socializar con los

demás, porque soy una persona muy fría, muy seca, muy esquiva, porque he tenido malas experiencias siendo muy yo.”

De este modo, las redes que emergen en la banda se fundamentan en la intensidad emocional compartida, que actúa como una fuerza cohesionadora capaz de superar las barreras personales y sociales.

Espacio de comprensión y refugio

Las bandas también operan como refugios afectivos, especialmente para quienes pertenecen a la comunidad LGBTIQ+. Allí, la comprensión mutua y la empatía entre pares se convierten en pilares del apoyo emocional. Mario lo describe como un lugar donde puede estar con “el que me entiende, con el que ha pasado lo mismo que yo”, subrayando que el acompañamiento no depende de consejos o palabras, sino de la simple presencia de otros que comparten las mismas experiencias vitales.

Para Julio, este entorno se traduce en un espacio donde la identidad no necesita explicaciones ni defensas, sino que puede vivirse con naturalidad y alegría. En sus palabras:

“Contar con ese tipo de amigos ayuda muchísimo, porque las bandas también aportan a las personas que son heterosexuales... les ayuda también a abrir mucho la mentalidad.”

Las redes de apoyo en este contexto funcionan, entonces, como espacios de educación emocional recíproca, donde la empatía trasciende la orientación sexual y promueve una cultura de respeto, apertura y aceptación.

Apoyo en tiempos de adversidad y transformación

Las redes de apoyo no se limitan a brindar compañía, sino que sostienen procesos de cambio personal profundo, acompañando a los integrantes en momentos de crisis, frustración o autodescubrimiento.

Oswaldo, al narrar su paso de una banda con dinámicas destructivas a MEVA, describe cómo la presencia de un compañero específico le permitió reconstruirse:

“J fue esa persona que encontré acá, que me hizo cambiar muchas cosas, que me enseñó a ver las bandas y vivir la MEVA de una mejor forma. J se volvió como ese hermanito que te cuida.”

Esta figura del “hermanito” representa la función sanadora y orientadora de las redes de apoyo dentro de la banda. En ellas, la guía y la contención se convierten en aprendizajes que impactan más allá del ámbito musical, influyendo en la forma en que los integrantes enfrentan la vida cotidiana. La ayuda mutua se expresa tanto en los momentos de éxito como en los de dificultad, creando un sistema emocionalmente robusto donde la solidaridad reemplaza la competencia destructiva.

Sentido de pertenencia y familia elegida

Otro elemento clave en la configuración de las redes de apoyo es la vivencia de pertenencia. Para quienes viven lejos de sus familias o se han sentido aislados, la banda se transforma en una familia elegida, una estructura de cuidado y compañía que sustituye la presencia física o emocional de los parientes. Mario, quien se mudó solo a Medellín, describe la banda como su “ancla” y su “hogar emocional”, el lugar donde se siente acompañado y comprendido. Esta noción de familia no se impone jerárquicamente, sino que nace del compartir cotidiano, de los ensayos y los viajes, donde se aprenden dinámicas de cuidado, humor y confianza.

Así, la pertenencia a la banda no se basa en el parentesco biológico, sino en la reciprocidad afectiva y el compromiso colectivo, donde los vínculos se fortalecen a través del tiempo y de los logros compartidos.

Fomento del crecimiento y la superación

Las redes de apoyo también funcionan como espacios de exigencia constructiva. No solo ofrecen consuelo y refugio, sino que impulsan el desarrollo personal y la superación constante.

Juan lo resume al reconocer que la banda lo ha formado en valores como la disciplina y la constancia, que luego aplica en otras áreas de su vida. Los compañeros no solo brindan apoyo emocional, sino que se convierten en referentes y motivadores, ofreciendo una retroalimentación sincera, aunque a veces firme, que ayuda a mantener el compromiso con el grupo y con uno mismo.

De este modo, las redes dentro de las bandas combinan afecto y exigencia, creando una comunidad donde el bienestar emocional y el crecimiento personal se alimentan mutuamente.

Los testimonios de Juan, Mario, Osvaldo y Julio revelan que las redes de apoyo que se tejen en las bandas de marcha son mucho más que amistades circunstanciales: constituyen estructuras vitales de acompañamiento, aprendizaje y resiliencia. A través de ellas, los integrantes encuentran un refugio emocional, una familia elegida, un espacio de transformación y una fuente de fortaleza. Estas redes no solo sostienen a los sujetos en los momentos de dificultad, sino que también potencian su capacidad para crecer, aprender y sostener a otros.

En este entramado afectivo, el arte y la música actúan como puentes que unen vidas diversas bajo un mismo ritmo y propósito. Las bandas, más que simples agrupaciones artísticas, se revelan como comunidades de apoyo mutuo donde la vida se interpreta al compás de la empatía, la solidaridad y la pertenencia compartida.

Desarrollo del carácter, disciplina y resiliencia

La banda aparece como una escuela de vida: un entorno que exige, moldea y fortalece. Los participantes describen aprendizajes que trascienden lo musical y se integran en la forma de afrontar la vida cotidiana (constancia, disciplina, tolerancia a la frustración). Estas enseñanzas se viven como recursos psicológicos que protegen frente a la vulnerabilidad y al desaliento.

Juan:

“Definitivamente las bandas me han enseñado mucha resiliencia, eh... a afrontar todo de cara, a no dejar los problemas para después, eh... me ha enseñado a ser una persona muy fuerte mentalmente. A no dejarme opacar por comentarios, a no dejarme llevar porque una persona no le guste lo que uno haga, sino que si uno quiere algo, lo tiene que intentarlo mil veces para lograrlo, porque el que no lo intenta, nunca lo va a lograr.”

Mario:

“Si sos impuntual, en la banda aprendes o aprendes, porque llegas tarde en un viaje te van a dejar fácilmente...”

Osvaldo:

“La energía aquí es te ayudas como a progresar, no te destruye sino que tu progresas... La banda lo es todo. Ya para mí en este momento, la banda para mí es todo... te enseña a superarte, te enseña a ser más disciplinado, a ser más responsable...”

Julio:

“Las bandas en general le enseñan a uno a ser muy disciplinado, muy puntual... también a formar a forjar un carácter, porque digamos que la persona que no soporta de pronto un regaño, un grito, el estrés que a veces tensiona a todo el Grupo pueda hacer que la permanencia aquí sea muy incierta.”

Vehículo de expresión artística y emocional

La música y la danza son percibidas como lenguajes no verbales que permiten comunicar y procesar emociones que las palabras no alcanzan. La práctica colectiva actúa como un canal de catarsis, simbolización y significación personal.

Juan:

“Le voy a poner un caso muy particular, A.J. Él, como persona, no es una persona expresiva, pero él expresa sus sentimientos con base en la música que compone. Y así muchas otras personas lo hacen.”

Mario:

“Todas esas cosas son, me atraen demasiado y también como estar expuesto al público y poder, no sé cómo mostrar que uno puede hacer más cosas, irradiar como la felicidad o como el reguero de la música, digamos que ahora son como las motivaciones de uno que dice, qué chévere llegar como a este nivel.”

Julio:

“La música me- es lo único que bueno... una de las cosas que me hacen llegar a las lágrimas... no son lágrimas de tristeza, sino que es como que la música hace que uno la sienta desde adentro...”

Exigencia y búsqueda de mejora continua

Las bandas de alto rendimiento (especialmente agrupaciones competitivas, como en la que se realizaron las entrevistas) generan un contexto de autoexigencia que funciona como motor de perfeccionamiento técnico y personal. La experiencia incluye tensión y—en ocasiones—hostilidad, pero para los participantes esa presión es a la vez formativa: obliga a elevar estándares, mejorar técnicas y construir confianza en la propia capacidad.

Mario:

“La vara estaba muy alta... siento yo que socialmente se nos pide un poquito más

(personas de la comunidad LGBTIQ+) o nosotros nos exigimos un poquito más, entonces tenemos que ser un poquito mejores... y eso hace que el ambiente sea muy hostil.”

Juan:

“Él me dijo: “le pongo una semana para que aprenda a leer” que realmente es muy poco. Yo decía: rayos! ¿qué carajos voy a hacer? Pero justamente fue eso que sirvió para retarme a mí mismo y ver qué tan autodidacta podía ser.”

Osvaldo:

“Yo me estrellé con la realidad. Yo pasé de hacer nada a hacerlo todo... aquí siempre te van a exigir, pero te van a exigir para ser el mejor...”

Sentido de pertenencia y legado

Participar en la banda implica sentir que se forma parte de algo notable y reconocido. Este sentido de relevancia personal alimenta la motivación, el orgullo y la aspiración a dejar una huella pública o comunitaria. Ganar, ser reconocido o simplemente pertenecer a un grupo “especial” se vive como una experiencia de valor y sentido vital.

Mario:

“El estar en una banda obviamente lo hace a uno, sentir como más especial, por así decirlo... sentir como importante o especial, o pertenecer a algo que no muchos pueden... eso de pronto llenará como el ego.”

Juan:

“Una de las metas que tengo... siento que quiero hacer índice, o sea, hacer una diferencia en el mundo de las bandas, quiero... que por lo menos la gente me conozca, que conozcan mi trabajo, lo que puedo hacer, lo que puedo llegar a enseñar...”

Osvaldo:

“Lo logramos lo que nosotros nos propusimos al principio de año lo logramos, lo logramos, ganamos... nosotros lloramos y fuimos, nos tomaron una foto super bonita...”

Estas cuatro dimensiones adicionales muestran cómo y por qué la pertenencia a una banda de marcha impacta la salud mental y el bienestar de sus integrantes, no como un proceso lineal de bienestar constante, sino como una experiencia compleja, a veces contradictoria, que combina tensión, exigencia y plenitud. En los relatos aparece una paradoja profundamente humana: el mismo espacio que puede resultar agotador, competitivo o emocionalmente demandante, es también el lugar donde los participantes encuentran refugio, identidad, apoyo y sentido.

Los hallazgos sugieren que el bienestar no proviene de la ausencia de dificultad, sino del significado que los participantes otorgan al esfuerzo compartido. La hostilidad del entorno —expresada en las exigencias, los errores, las presiones del ensayo o la crítica— se transforma en una forma de cuidado, pues empuja al crecimiento, a la disciplina y a la superación personal. La tensión, lejos de destruirlos, actúa como un estímulo que refuerza el compromiso y el sentido de logro: se sufre, pero se permanece, porque el sacrificio tiene propósito y se comparte con otros que también lo comprenden.

Así, la banda emerge como un escenario de contradicciones armónicas: un lugar donde se exige y se contiene, donde se sufre y se disfruta, donde el cuerpo se agota y el espíritu se fortalece. Los participantes describen la experiencia como una mezcla entre refugio emocional y campo de entrenamiento personal, un espacio donde el dolor o el cansancio no anulan el bienestar, sino que lo dotan de valor. En esa dinámica de exigencia y pertenencia, los integrantes logran experimentar libertad dentro de la estructura, autonomía dentro de la disciplina y satisfacción dentro del sacrificio.

En síntesis, lo revelador de estos hallazgos es que la banda no es un espacio “seguro” porque elimine las tensiones, sino precisamente porque permite habitarlas colectivamente y convertirlas en energía creativa y transformadora. Allí, el bienestar no se opone al esfuerzo, sino que nace de él, y la identidad individual se consolida en la convivencia con los otros. En este sentido, las bandas de marcha representan una forma singular de comunidad contemporánea: un lugar donde las personas pueden ser plenamente ellas mismas, incluso cuando eso implica confrontarse, exigirse y reinventarse constantemente.

Discusión

Los resultados obtenidos permiten no solo confirmar varios de los postulados teóricos presentados en los antecedentes y el marco conceptual, sino también profundizar en aspectos poco explorados acerca de la experiencia subjetiva de pertenecer a estos grupos, así pues, en este capítulo se establece un diálogo entre los hallazgos y las referencias teóricas utilizadas, analizando puntos de convergencia, tensiones y aportes originales que surgen de la voz de los participantes.

La Banda como Espacio Seguro

Uno de los hallazgos más consistentes y reveladores del estudio es la comprensión del espacio seguro como un escenario que permite la libertad de ser y expresarse sin juicio, la autenticidad emocional y la posibilidad de transformación personal. Estos resultados dialogan directamente con la conceptualización de los espacios seguros planteada por Ledesma e Hinojosa (2022), quienes los describen como contextos donde los individuos pueden mostrarse sin temor al rechazo, siempre que existan condiciones de respeto, contención y reconocimiento mutuo.

Sin embargo, los hallazgos del presente estudio amplían esta comprensión al mostrar que la seguridad en las bandas no implica ausencia de tensión o conflicto. Por el

contrario, se trata de un espacio donde la exigencia, la presión y la hostilidad coexisten con la sensación de refugio. Esta dualidad — aparentemente contradictoria— se revela como una fuente de crecimiento, ya que los participantes perciben en esa exigencia un motor para su desarrollo personal, su disciplina y su fortaleza mental. En este sentido, la banda es un espacio “seguro” no porque sea libre de conflicto, sino porque el conflicto se resignifica como oportunidad de aprendizaje y expansión del yo.

Este hallazgo complementa las ideas de Angarita et al. (2019), quienes destacan el papel del grupo en la contención emocional y la validación de la experiencia individual. En las narraciones de los participantes, la banda actúa como contenedor simbólico de la vulnerabilidad y la expresión, pero también como un campo de prueba donde se pone en juego la capacidad de resistir, mejorar y superarse. Así, el espacio seguro se redefine desde una perspectiva más dinámica: es tanto un refugio emocional como un entorno de confrontación constructiva. De modo tal que las bandas de marcha aparecen como un microcosmos social donde se reproduce la hostilidad del mundo exterior, pero mediada por el arte y la colectividad, lo que la transforma en una experiencia de crecimiento y no de exclusión.

Redes de Apoyo

La noción de redes de apoyo identificada en los relatos de los participantes se articula de manera coherente con los planteamientos de Beltrán y Moreno (2013) y Guzmán et al. (2003), quienes definen las redes sociales de apoyo como sistemas que proporcionan ayuda emocional y simbólica. Las bandas de marcha, según los testimonios, se constituyen como una “familia elegida” que ofrece contención afectiva, acompañamiento en momentos de crisis y validación de la identidad personal.

Para los integrantes LGBTIQ+, estas redes no solo suplen la posible falta de apoyo familiar o

social, sino que además fomentan la aceptación de la propia identidad sexual y de género. Este hallazgo coincide con lo expuesto por Golden et al. (2024), quienes subrayan el rol de las redes sociales de apoyo en el fortalecimiento del bienestar psicológico y la reducción del aislamiento en personas de la diversidad sexual. Los relatos de los participantes, especialmente de Mario y Julio, evidencian cómo el sentirse comprendidos y acompañados por otros miembros de la comunidad actúa como un factor protector ante la discriminación y la autoexclusión.

No obstante, la investigación también revela que estas mismas redes pueden contener dinámicas de exclusión interna o juicios dentro de la comunidad, especialmente cuando se establecen jerarquías o “roscas” que reproducen los esquemas de poder y favoritismo. Este matiz aporta una mirada crítica al concepto de red de apoyo, mostrando que su efectividad depende de la reciprocidad, el reconocimiento y la horizontalidad de las relaciones.

En este sentido, el presente estudio contribuye a enriquecer la literatura existente al resaltar la ambivalencia inherente a los vínculos sociales dentro de contextos artísticos colectivos. Las redes funcionan como fuentes de apoyo, pero también como espacios donde se negocia constantemente la pertenencia. Tal como sugiere Torres Vargas et al. (2024), los grupos artísticos pueden ser simultáneamente espacios de inclusión y exclusión simbólica, dependiendo de las dinámicas de poder y reconocimiento que se instauren.

Otro aporte significativo de este estudio radica en la comprensión de la banda como un espacio de formación del carácter y de construcción de sentido vital. Los hallazgos muestran que la experiencia en las bandas no solo moldea la disciplina y la constancia, sino que también impacta la autopercepción y la autoeficacia de los participantes.

Este resultado guarda estrecha relación con las afirmaciones de Ledesma e Hinojosa (2022) sobre el potencial educativo y transformador de los espacios artísticos colectivos, donde la práctica constante y la retroalimentación grupal fortalecen la autoconfianza.

De manera complementaria, los hallazgos refuerzan lo señalado por Brollo (2023) sobre la dimensión performativa de la identidad en contextos artísticos, al mostrar que los individuos se reconocen a sí mismos en el acto de representar, ejecutar y compartir con otros. En la banda, los participantes no solo aprenden una técnica musical o coreográfica, sino que “ensayan” versiones posibles de sí mismos, legitimando formas de ser que, en otros entornos, serían reprimidas o juzgadas. Esta autoconstrucción se vincula con un hallazgo clave: la experiencia en la banda otorga propósito y sentido de trascendencia. Los participantes no conciben su paso por la banda como un pasatiempo, sino como un proyecto vital que los conecta con un legado, una comunidad y una historia.

Otro de los aspectos más notables que emergen de este estudio es la presencia de contradicciones productivas dentro de la experiencia bandística. La hostilidad y la exigencia coexisten con el afecto y la contención; la competencia con la cooperación; la tensión con la satisfacción. Este hallazgo, lejos de representar una incoherencia, revela la complejidad psicológica y social de los espacios artísticos como lugares donde se integran emociones opuestas para generar crecimiento y bienestar.

En suma, los resultados de esta investigación dialogan y amplían los planteamientos teóricos sobre los espacios seguros y las redes de apoyo desde una perspectiva experiencial. Los hallazgos confirman la importancia del grupo como contenedor emocional y potenciador de la identidad, pero introducen una mirada novedosa al evidenciar que la seguridad no se opone al conflicto, sino que

emerge de la convivencia entre vulnerabilidad, exigencia y reconocimiento mutuo.

Asimismo, este estudio aporta a la comprensión del papel de las bandas de marcha como comunidades de sentido, donde el arte y la disciplina se convierten en vehículos de transformación personal y colectiva. En el caso particular de las personas LGBTIQ+, estos espacios no solo cumplen una función social, sino también identitaria y hasta terapéutica, al permitirles reconstruir su historia en clave de orgullo, pertenencia y autonomía emocional.

De este modo, la discusión reafirma que el bienestar y la salud mental en contextos artísticos colectivos no deben entenderse desde una lógica de comodidad o estabilidad emocional, sino como procesos de coherencia, agencia y resistencia que se construyen en la interacción constante con otros.

Conclusiones

La presente investigación permitió comprender que la participación en bandas de marcha en Medellín trasciende lo musical y performativo, constituyéndose en una experiencia vital que incide directamente en la construcción de la identidad, el bienestar psicológico y las relaciones sociales de sus integrantes, especialmente de aquellos que hacen parte de la comunidad LGBTIQ+. A partir de las narrativas recogidas, se evidencia que las bandas operan como espacios seguros y redes de apoyo, pero también como escenarios de transformación personal, aprendizaje emocional y reafirmación del sentido de pertenencia.

El estudio demuestra que la seguridad emocional y la contención no se alcanzan en ausencia de conflicto o tensión, sino precisamente a través de su integración en un contexto de alta exigencia, disciplina y vulnerabilidad compartida. Esta contradicción, lejos de debilitar el vínculo grupal, lo fortalece, generando una forma

particular de bienestar basada en la autenticidad, el reconocimiento y la autorrealización colectiva. En otras palabras, los participantes encuentran en la banda un lugar donde pueden ser y pertenecer, mientras enfrentan los desafíos que los impulsan a crecer.

De este modo, las bandas de marcha se configuran como comunidades de sentido y resistencia, en las que el arte, la disciplina y la colectividad se entrelazan para ofrecer un espacio de autodescubrimiento, validación y crecimiento. La investigación aporta así una comprensión más amplia del bienestar psicológico en contextos artísticos, situándolo como un fenómeno relacional, dinámico y profundamente humano.

En esta línea, los hallazgos revelan que el espacio seguro, más que un entorno libre de conflicto, se define por la libertad de ser uno mismo, la ausencia de juicio social y la posibilidad de expresarse sin censura. Los participantes asocian esta seguridad con la autenticidad y la contención afectiva que encuentran en el grupo, en contraste con los entornos externos, donde las normas sociales y laborales restringen su expresión.

A su vez, el espacio seguro se caracteriza por ser dinámico y paradójico: en él coexisten la exigencia, la tensión y la hostilidad con el afecto, la confianza y el respeto. Esta dualidad redefine la idea tradicional de seguridad, mostrando que los espacios seguros pueden incluir confrontación y presión, siempre que estas se vivan como oportunidades de crecimiento y no como amenazas. En consecuencia, la banda de marcha se configura como un lugar donde el riesgo y la contención se equilibran, generando un clima de autenticidad continua que favorece el desarrollo psicológico y emocional de sus miembros.

Adicional, las redes de apoyo en el contexto de las bandas de marcha se constituyen como entramados emocionales, sociales y

simbólicos que ofrecen comprensión, acompañamiento y sentido de pertenencia. En los relatos, estas redes se manifiestan como “familias elegidas” que suplen la posible ausencia de apoyo familiar o social, especialmente para los miembros de la comunidad LGBTIQ+.

La banda se convierte así en un espacio relacional de cuidado mutuo, donde las experiencias compartidas de sacrificio, disciplina y éxito fortalecen los vínculos y fomentan la solidaridad. Sin embargo, los resultados también muestran que estas redes pueden reproducir dinámicas de exclusión o favoritismo, recordando que la cohesión grupal es un proceso en constante negociación.

A pesar de estas tensiones, las redes de apoyo dentro de las bandas emergen como estructuras protectoras del bienestar emocional, facilitando la resiliencia, la autoaceptación y el aprendizaje interpersonal. En este sentido, se confirma que las relaciones humanas, mediadas por la práctica artística, pueden funcionar como un potente recurso psicosocial de sostén y crecimiento.

En definitiva, la banda de marcha se revela como un espacio donde la música y el movimiento se vuelven lenguaje de resistencia y de vida, una comunidad que enseña a persistir, a crear, a cuidarse mutuamente y, sobre todo, a ser uno mismo libremente.

Limitaciones

Si bien los hallazgos de esta investigación aportan una comprensión profunda sobre la experiencia de pertenecer a una banda de marcha y su papel en la creación de espacios seguros y redes de apoyo, es importante reconocer algunas limitaciones que enmarcan el alcance del estudio.

En primer lugar, la muestra estuvo conformada únicamente por integrantes de una sola de las docenas de bandas de marcha de la ciudad de Medellín, lo cual restringe la posibilidad de generalizar los resultados a otras agrupaciones

o contextos. Cada banda posee dinámicas, culturas organizacionales y liderazgos particulares que pueden influir en la forma como se viven la pertenencia, la seguridad y las relaciones interpersonales. Por tanto, los significados aquí descritos reflejan una experiencia situada, contextual y relacional, más que un patrón universal.

Asimismo, al tratarse de un estudio de enfoque cualitativo y fenomenológico, los resultados se centran en la subjetividad de las narrativas y en la interpretación del investigador. Esto implica que los hallazgos no buscan establecer verdades absolutas, sino comprender los sentidos que los participantes atribuyen a su vivencia. En consecuencia, la influencia de las percepciones, emociones y trayectorias personales tanto de los entrevistados como del propio investigador constituye un componente inherente del proceso interpretativo.

En conjunto, estas limitaciones no disminuyen el valor interpretativo del estudio, pero sí invitan a considerar que los hallazgos deben leerse como una aproximación contextual y situada al fenómeno, que abre camino a futuras investigaciones que profundicen y amplíen la comprensión del papel de las bandas de marcha en la construcción de espacios seguros y el bienestar psicológico de sus integrantes.

Referencias

- Álvarez, D., Arenas, M. C., Fernández, S., González, M. C., & Vélez, J. (2020). Factores protectores y de riesgo que inciden en el comportamiento suicida en población LGBT, entre los 18 y 30 años, en zona rural y urbana de Antioquia. *Revista de Psicología GEPU*, *11* (1), 71-87. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=8121133>
- Angarita Cañas, P. E., Sánchez Henao, C., Cardona Berrío, N. A., Hernández Chaverra, B. E., Quinto Mosquera, Ó., Weekes, T., ... & Pearce, J. (2019). Vínculos: espacios seguros para mujeres y jóvenes en América Latina y el Caribe. <https://www.instituto-capaz.org/vinculos-espacios-seguros-para-mujeres-y-jovenes-en-america-latina-y-el-caribe/>
- Beltrán, C. A., & Moreno, M. P. (2013). Conceptualización del apoyo social y las redes de apoyo social. Dialnet. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=8176466>

- Brollo, M. D. (2023). Llevar el arte Drag a la calle. Performances artísticas, espacios y desplazamientos en la ciudad de Córdoba (Argentina). *Vivência Revista de Antropología*, *1*(61).
<https://doi.org/10.21680/2238-6009.2023v1n61id32333>
- Carranza Benites, R. (2024). Apoyo social percibido, depresión, soledad e ideación suicida en hombres homosexuales cisgénero: Un análisis correlacional. *Acta Universitaria* *34*, 1-16.
<http://doi.org/10.15174/au.2024.4095>
- Cases-Cunillera, J., del Río Sáez, R., Santos-López, J. M., & Simó-Algado, S. (2025). Mental Health Recovery Process Through Art: An Exploratory Mixed-Methods Multi-Center Study of an Art-Based Community Project. *Healthcare*, *13*(10), 1103.
<https://doi.org/10.3390/healthcare13101103>
- Choi, S. K., Flórez-Donado, J., Kittle, K., Meyer, I. H., Divsalar, S., Lin, A., & Torres-Salazar, P. (2019). Estrés, salud y bienestar de las personas LGBT en Colombia. Resultados de una encuesta nacional. Universidad Simón Bolívar eBooks.
<https://doi.org/10.17081/r.book.2022.09.8296>
- Corona Martínez, Luis A., & Fonseca Hernández, Mercedes. (2023). Las hipótesis en el proyecto de investigación: ¿cuándo si, cuándo no?. *MediSur*, *21*(1), 269-273.
<http://ref.scielo.org/pcg5zc>
- Golden, T. L., Ordway, R. W., Magsamen, S., Mohanty, A., Chen, Y., & Ng, T. W. C. (2024). Supporting youth mental health with arts-based strategies: a global perspective. *BMC Medicine*, *22*(1), Article 7.
<https://doi.org/10.1186/s12916-023-03226-6>
- Guzmán, J. M., Huenchuan, S., & De Oca Zavala Verónica, M. (2003, 1 diciembre). Redes de apoyo social de las personas mayores: marco conceptual.
<https://repositorio.cepal.org/entitled/publication/d77edfec-51d8-4981-bf4e-9449cab3219b>
- Herrera Vélez, F., Vélez Zuluaga, J. (2023). Malestares subjetivos

- derivados del rechazo y la exclusión social, experimentado por los jóvenes homosexuales en la ciudad de Medellín [Trabajo de grado, Universidad Eafit]. <https://repository.eafit.edu.co/items/f6327621-9349-4eaa-bf0e-9c0322236e11>
- Hidalgo, E. G., & Lo Coco, D. (2020). (Des)Protección de personas LGTBI en espacios seguros. Un análisis de las experiencias migratorias en Guatemala y México. *Migraciones Publicación del Instituto Universitario de Estudios Sobre Migraciones*, 50, 59-85. <https://doi.org/10.14422/mig.i50.y2020.003>
- Castro Ledesma, A., & Gijón Hinojosa, M. C. (2024). Espacios para el desarrollo de adolescencias y juventudes: Acciones dentro del Centro Artístico, Lúdico y Cultural de Zapopan, Jalisco. *TRAMAS. Subjetividad Y Procesos Sociales*, (59), 253–276. <https://doi.org/10.24275/tramas/ua.mx/202359253-276>
- Martín-Crespo Blanco, M. C., & Salamanca Castro, A. B. (2007). El muestreo en la investigación cualitativa. *Nure Investigación*, (27), 1–8. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=7779030>
- Piña-Ferrer, L. S. (2023). El enfoque cualitativo: Una alternativa compleja dentro del mundo de la investigación. *Revista Arbitrada Interdisciplinaria Koinonía*, 8(15), 1–3. <https://doi.org/10.35381/r.k.v8i15.2440>
- Torres Vargas, G. A., Martínez-Zalce Sánchez, G., & Mercado Celis, A. (2024). Las comunidades virtuales en la sociedad contemporánea (Vol. 2). https://ru.iibi.unam.mx/jspui/handle/IIBI_UNAM/1027